

La vejez será femenina o no será: un estado de la cuestión en la literatura¹

Emilia Sofía Cotutiu²

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

emiliacotutiu@filo.uba.ar

Resumen

Proponemos analizar la representación literaria moderna de la “vejez femenina” escrita por mujeres occidentales. En esta instancia, estudiaremos un esbozo del estado de la cuestión de dicha problemática. Examinaremos una selección de citas pertenecientes, en su mayoría, a textos literarios del siglo XX, para así comparar el estado del arte en el nuevo milenio.

Tomando en consideración discursos mediáticos, literarios, mitológicos, artísticos y las prácticas cotidianas, podemos destacar la escasez de representaciones culturales sobre la vejez de las mujeres. En consecuencia, analizamos el llamado “viejismo” o “edadismo”: la discriminación por edad avanzada, motivada por la relación vejez-muerte, por la noción de la “vejez femenina” como pérdida de la “juventud-belleza”, y por su asociación con valores negativos (decrepitud, enfermedad, disminución del erotismo, etcétera).

Entendemos que es necesario promover cambios en la mirada edadista, y para eso resulta fundamental denunciar y cuestionar las condiciones de visibilidad de las ancianas: invisibilización o visibilización estigmatizada. Asimismo proponemos explorar representaciones que se desvíen de estas dos operaciones, pues, desde la mirada feminista, no se trata solamente de hacer visible lo invisible, sino de analizar cómo el paso del tiempo trae consigo nuevos marcos de legibilidad, en este caso, de las corporalidades ancianas.

Palabras clave: vejez femenina; literatura; mujeres; edadismo; viejismo

1. Introducción

Nos proponemos analizar la representación literaria, escrita por mujeres, sobre la “vejez femenina”. Para ello, es necesario examinar el imaginario social de la vejez y explorar posibles razones que motiven la escasez de representación simbólica de las ancianas. Nos parecen atendibles las siguientes explicaciones: a. el presupuesto de la que la “vejez femenina” implica

¹ Este trabajo es producto del seminario de 2020: “El género impertinente: los desafíos de una metodología feminista” (dictado por la Dra. Laura Antonella Arnés), y a su vez se enmarca en la adscripción a Teoría y Estudios Literarios Feministas (también a cargo de la Dra. Arnés), bajo la dirección de la Dra. Julia Kratje.

² Emilia Sofía Cotutiu es estudiante avanzada de la Licenciatura y el Profesorado en Letras por la UBA. Es adscripta de la materia “Teoría y Estudios Literarios Feministas” bajo la dirección de la Doctora Julia Kratje. Desde 2020, investiga las vejez de las mujeres en la literatura occidental, clásica y contemporánea. También ha participado de jornadas y publicaciones en el área de sociolingüística con su trabajo sobre la coda, categoría propuesta por el lingüista William Labov.

pérdida de la “juventud-belleza” (Wolf 2002; Fernández-Ventura 2000; McKenzie en línea; Trautmann Banks 2000); b. la definición de la vejez como estado anterior a la muerte (Díaz 2019; Beauvoir 2018 [1970]; Mancini 2011); c. la estigmatización de la vejez producto de la matriz binaria con la que se clasifican los grupos sociales, desde la cual las posiciones de poder de la juventud destinan valores negativos a lxs viejxs (Trautmann Banks 2000), y d. la doble moral de la cultura patriarcal que resalta envejecimiento en las mujeres pero maduración en los varones (Sontag 1979).

Inicialmente, en 1970, Simone de Beauvoir escribió *La vejez*. En esta obra, la filósofa resalta la constante estigmatización de la ancianidad. Para ello, la autora teoriza a partir de citas literarias muy variadas cuyo tema central es la vejez. Este modelo ensayístico nos convoca y nos inspiramos en él para este trabajo.

Para Beauvoir, no resulta una novedad la glorificación que recibe la juventud en detrimento de su antónimo, pues ha sido históricamente considerada como la edad de la salud, el trabajo, la energía y la plenitud. La autora subraya la contradicción de los tiempos modernos y del avance científico que dilata la expectativa de vida pero no necesariamente su gozo: alcanzada la vejez, la humanidad no dispone de los medios para disfrutar a pleno su existencia (Beauvoir 2018 [1970]). En consecuencia, la longevidad meramente se sobrelleva y de ella solo se extrae su vínculo con ciertos tópicos que la cultura occidental impone como inminentes: decadencia, enfermedad y fin (*ibid*). Esta unidireccionalidad lleva a pensar la vejez como correlato de la muerte. En otras palabras, su relación con la muerte, ese fenómeno tan temido culturalmente, impulsa a la sociedad para ocultar la vejez (Mancini 2011).

En el capítulo tercero de su ensayo, Beauvoir recalca que el envejecimiento concierne de igual modo a las mujeres pero que son los hombres los propietarios de sus expresiones. Si bien Beauvoir acusa dicha situación, contrariamente, *La vejez* no se presenta como una obra que analice esta problemática en tanto experiencia narrada por mujeres: en su ensayo, la filósofa estudia a antiguos autores chinos y grecolatinos, además de analizar escritores más actuales como François Rabelais, Geoffrey Chaucer, William Shakespeare, Pierre Corneille, Victor Hugo, François-René de Chateaubriand, entre *muchos* otros. Son pocas las referencias a autoras en comparación con el copioso repertorio de hombres que versan sobre la vejez (tanto masculina como femenina); entre las sucintas menciones a autoras, se puede señalar a Françoise de Graffigny (231), *Madame Swetchine* (253), Simone Schwarz-Bart (322), Ninon de Lenclos y Virginia Woolf (571), y una mención un tanto menos breve a Jacoba Van Velde

(322). Bajo estos criterios, de algún modo, Beauvoir perpetúa el masculino genérico con respecto a los discursos sobre la vejez. En consecuencia, las viejas son silenciadas. En efecto, la visibilización de la anciana es notablemente marginal (McKenzie en línea). Como resultado de esto, se impide y se clausura la celebración de las complejas narrativas de mujeres mayores.

Estos esquemas ideológico-valorativos, entendemos, son formas de encarnar el llamado “edadismo” o “viejismo” (Butler 1969 & Salvarezza 2013 respectivamente), a saber, la discriminación por edad avanzada, cuyos efectos son la invisibilización y/o estigmatización de la vejez. Estos fenómenos contribuyen con la clausura de espacios habilitadores para las ancianas. En este contexto, la corporalidad de estas está sujeta a mayores cuestionamientos que la vejez de los varones por el agregado de la exigencia de belleza, exigencia que se inculca a las mujeres en su juventud y que continúa en la ancianidad. Con esto no intentamos decir que el sistema patriarcal no se apropia también de las corporalidades de los varones viejos; más bien, intentamos denunciar que lo hace con menor intensidad.

2. Hipótesis y objetivos

Nos proponemos problematizar la relación entre la experiencia social de la “vejez femenina” y su representación literaria, moderna y occidental. Asimismo, nos interesa estudiar el estado del arte de dicha problemática para conocer el alcance de las representaciones literarias de la vejez femenina. En ello, examinamos los fundamentos sociales y culturales de esta escasa presencia de la vejez femenina en las obras literarias modernas.

Nuestra hipótesis es que dicha representación es escasa en conformidad con el rol y el reconocimiento devaluados que padecen las mujeres en la sociedad patriarcal y productivista.

3. Análisis

Si bien aquí se sostiene que la representación literaria de la “vejez femenina” es escasa, en contraste con la presencia de la mujer joven en la literatura, de todos modos, ciertamente existen autoras que trabajan la ancianidad en sus obras. En principio, proponemos dos ejemplos de mucha riqueza literaria y biográfica.

La escritora Marta Lynch, por un lado, dio voz a la experiencia de la vejez desde la mirada de una mujer. En sus obras, representó el juego conflictivo entre belleza, sexualidad y envejecimiento, e intentó conjurarlos pese a las angustias y ansiedades de esta etapa (Bermúdez-Arceo 2010), angustias y ansiedades que la novelista británica Muriel Spark

condensa a su modo en pocas palabras: “en el hogar para ancianos [ella] volvería a ser una persona real [...] y no una inválida atemorizada. Necesitaba respeto y atención” (Spark 1987 [1959]:182).

Si bien los personajes de Lynch no presentan una conciencia social que les permita reconocer el discurso hegemónico que marginaliza y discrimina a las mujeres envejecidas (Bermúdez-Arceo 2010), la presencia de esta clase de sujetos es lo que estimula la reflexión sobre los roles de género y la reivindicación por nuevos tipos.

Por otro lado, Virginia Woolf enfrentó la “cultura del *antiage*” desde su prosa, introduciendo las narrativas de *old ladies* (“señoras mayores”): la señora Dalloway, la señora Ramsay, la señora LaTrobe y la señora Brown, esta última “una vieja señora dotada de una capacidad sin límites y de una variedad infinita, capaz de surgir en cualquier lugar, de llevar ropas de todo género, de decir cualquier cosa y de hacer lo más imposible” (Trautmann Banks 2000).

Sin embargo, ambas referentes, ya no las autoras sino las mujeres materiales, no se permitieron envejecer: Lynch, a sus sesenta años, se quitó la vida por perder la belleza de su juventud, y Woolf se cargó de piedras para ahogarse en el río Ouse, a los cincuenta y nueve años. “Detesto la dureza de la vejez. La siento venir. Rechino. Estoy agriada”, escribía un año antes de suicidarse (Woolf en Beauvoir 2018 [1970]). Acabar con una determinación de este tipo evidenciaría lo abyecta que resulta la vejez.

El rechazo hacia el envejecimiento que experimentaron ambas autoras, dos hechos mediáticos, posiblemente responda a que no consiguieron reinventarse como ancianas. “¿Por qué continuar [...] solo para acumular años?” (*ibid*), se preguntaba Woolf en su diario íntimo. Con esta cita, y teniendo en cuenta las felices narrativas de sus *old ladies*, de algún modo, podríamos plantear que Woolf concibió la edad “final” de las mujeres como su mejor etapa, a la vez que la creyó innecesaria (Trautmann Banks 2000).

Revisar ciertos intereses literarios de esta última autora, a saber, abogar por la visibilidad de la “vejez femenina”, en contraposición a su propia experiencia biográfica, nos advierte acerca del complejo lugar en el que las mujeres se sitúan con respecto a su ancianidad: no resulta sencillo resistir ante el viejismo y ante las presiones edadistas que tan potentes resultan. Estas imágenes de personalidades se sobrepunen en el abandono que la sociedad capitalista reserva para la vejez y que imposibilitan una relación apacible con ella. Como lo narra Juana Manuela Gorriti en su obra *Lo íntimo*, en septiembre de 1879, a sus sesenta y un años:

la voz del órgano me trajo a la memoria todo lo triste de mi destino: la eterna separación de mis hijas; mi soledad en los últimos días de la vida, cuando, débiles el cuerpo y el alma, necesitan brazos y corazones donde apoyarse. Y lloré con el llanto desconsolado de la vejez, cuyas lágrimas son heladas y amargas y se derraman en silencio y en secreto, para que no sean ridículas, porque la vejez no debe llorar (Gorriti 1942 [1874-92]:123).

Los destinos trágicos de Woolf y Lynch que hemos mencionado, ciertamente no son modelos a seguir, pero dichas experiencias nos permiten analizar parte de los marcos de visibilidad y legibilidad de las mujeres mayores en el siglo XX.

Ignorar la finitud, el paso del tiempo y la inevitable mortalidad con el fin de creer en una juventud apócrifa, no hace más que construir una ilusión. “Llegado el momento, todos serían [seremos] oficialmente abuela o abuelo, a menos que Dios se apiadara [apiade] de ellos [nosotros] y desaparecieran [desaparezcamos] en la flor de la edad” (Spark 1987 [1959]:22). La supuesta victoria por desatender a la ineludible vejez solo subraya el valor de lo silenciado:

—Vamos, Alec, no puedo abandonar a mis viejas amigas. La señorita Valvona, la señorita Duncan...
—¿Y esto? —[Alec] señaló con un gesto el grupo de las pacientes seniles.
—Es nuestro memento mori (Spark 1987 [1959]:192).

Con *Memento Mori* (1959), enfrentamos un título que nos saluda ya con un aviso contundente: “recordá que vas a morir”. En otras palabras *OMNIA MORS AEQUAT* (“la muerte nos llegará a todxs”), pues envejeceremos. De hecho, la novela consta de personajes ancianxs casi en su totalidad: desde lxs protagonistas hasta sus sirvientas superan las siete décadas. Por ejemplo, el caso de la señora Pettigrew, quien tiene “demasiados años” según el octogenario Godfrey Colston, para reemplazar el cargo de la anterior sirvienta, Lisa Brooke, fallecida a los setenta y tres. La señora Pettigrew de todos modos accede al puesto ya que “es imposible conseguir mujeres más jóvenes [entre todo este elenco de ancianxs]” (Spark 1987 [1959]:29).

En la actualidad, somos parte de un mundo demográficamente envejecido en el que se asienta un modelo que idolatra la belleza y la juventud y que oculta la vejez. Este fenómeno no sería novedoso, pues ya Gorriti refería a esta cuestión en marzo de 1879:

el general Mansilla [...] no gusta vivir sino entre jóvenes; y aunque perfectamente galanthuomo con la escritora, no quiere ser amigo de la vieja: Hace poco me decía

en una tarjeta: Desgraciadamente, en los tiempos que corren la humanidad se ocupa más del cuerpo que del alma (Gorriti 1942 [1874-92]:221).

Con estos mecanismos de silenciamiento de la ancianidad, sorteamos el recuerdo de nuestra finitud. Quizás, la mayor de las problemáticas no sea la vejez en sí, sino el envejecimiento, a saber, el período en el que, culturalmente, comenzamos a asumir más pérdidas que ganancias. “Yo estaba en la cincuentena, y comenzaba a envejecer. ¡Qué irritante es comenzar a envejecer, cuánto mejor es ser viejo!” (Spark 1987 [1959]:50), piensa la señorita Taylor. Más adelante se nos dice que “Alec Warner pensó en la posibilidad de que el cerebro de Jean estuviera sufriendo un proceso de reblandecimiento [...] La señorita Taylor se percató del examen y pensó: ‘[...] ¡Cómo nos vigilamos unos a otros buscando signos de deterioro!’” (Spark 1987 [1959]:75). En diálogo con Beauvoir 2018 [1970], la vieja/el viejo pasa de ser humana/o a puro objeto de observación (322). Como resultado de esta cultura edadista, entonces internalizamos el hecho de que nuestro envejecimiento equivale a decadencia. Por lo tanto, la representación de la ancianidad suele acompañarse de reflexiones acerca de la vejez como sinónimo de decrepitud. “Algunas recién llegadas [al geriátrico] se deprimían cuando las llamaban ‘abuelas’ ” (Spark 1987 [1959]:20). Como apunta Beauvoir, el ingreso al asilo suele implicar una experiencia traumática: se lo percibe como la prueba absoluta del envejecimiento; a menudo se trata del rito de pasaje irrefrenable hacia la muerte social (319). Así, la cotización de la vejez normalmente corresponde a valoraciones despectivas. Ejemplos posibles de ello son:

—¿Conserva aún todas sus facultades?

La vejez era un tema que obsesionaba a Godfrey (Spark 1987 [1959]:23–24).

—Ando por los cincuenta —le dijo, sin embarazo, ni siquiera con una sonrisa (Spark 1987 [1959]:80).

observaba la mano anciana, surcada por venas (Spark 1987 [1959]:104).

Con los pocos dientes que le quedaban, él masticaba el pan tostado, pero en definitiva lo terminó, e incluso comió las costras difíciles (Spark 1987 [1959]:107).

—Silencio —dijo la enfermera—. Nosotras no usamos esa palabra [“seniles”] (Spark 1987 [1959]:131).

Estos extractos podrían entenderse como descripciones neutras. Sin embargo, los

atributos se tornan despectivos si consideramos la frecuencia con la cual la ancianidad se (de)limita por la falta, la pérdida, la angustia y las comparaciones negativas.

Alec paseó la mirada por la sala, hasta el fondo poblado de ruidos. Allí, los casos seniles estaban agrupados frente al televisor, y por eso hacían menos ruido que de costumbre; pero aún así, de tanto en tanto emitían distintos sonidos dentales y guturales, y a veces pronunciaban un discurso completo y bien intencionado [...] Una paciente de elevada estatura se sirvió agua y comenzó a llevar el vaso a los labios, pero olvidó el propósito de su acto a mitad de camino y vertió el agua en otra jarra; después, invirtió el vaso sobre su propia cabeza, de modo que un poco de agua, que aún restaba, le corrió por la frente. Pareció que su propia actitud la complacía. En general, las pacientes geriátricas tenían propensión a ponerse cosas sobre la cabeza.

—[...] Lo interesante es que la senilidad es un poco distinta de la insanía [...] La mayoría de los pacientes de esa casa [el hogar St. Aubrey] fueron locos casi toda su vida. En ciertos sentidos, son más coherentes y mucho más metódicos que los que simplemente exhiben actitudes extrañas en la ancianidad (Spark 1987 [1959]:190–191).

Este extenso párrafo ilustra el modo edadista con el cual habitualmente observamos y describimos la vejez. Este modelo, ya institucionalizado, dificulta el trabajo de desestigmatizar la ancianidad, vista la propagación de referencias negativas sobre esta.

Podría argumentarse que se ha habilitado a la vieja solo desde la esencialización y desparticularización: para representar ancianas, bastarían arrugas, pelo cano y flacidez; no muchas más atribuciones se les señalan.

En pocas pero significativas palabras, la escritora Elvira Orphée intenta darle autoridad a la señora Esa: “No siempre tuvo guantes __me dice la sirvienta medio triste__. Ustedes creen que las mujeres que envejecen fueron siempre viejas” (Orphée 1981:137). Aquí pareciera que por fin encontramos una voz reivindicadora de la vejez-por-la-vejez, pero inmediatamente luego, una vez más, la vieja no es conocida por sí misma, sino solo en contraste con esa juventud-belleza perdida: “Mis manchas volvieron a ser duras, quemadas, me llenaron los brazos, se hicieron de piel de momia [...] [Bautista] me exaltó como nadie, nunca. Hasta lograr que me creyera bella. Hasta las manchas parecían blanquearse, la piel en ellas ponerse más blanda” (Orphée 1981:142–143). El resultado de estas valoraciones despectivas se traduce en el menosprecio y el rechazo hacia las corporalidades femeninas envejecidas, lo que además resulta en la negación y la invisibilización de múltiples experiencias posibles en la ancianidad, por ejemplo, la plenitud, la sexualidad, el placer, y otras.

El deseo de la eterna juventud no es más que un sueño masculino proyectado sobre las mujeres (Freixas Farré 1998). “[Ella] centro de todas las miradas (...) / a veces, mira [consulta] su espejo para saber. / Como hacen las mujeres”, escribe la poetisa Anne Sexton (2021 [1971]) en su reversión moderna de *Blanca Nieves*, y las feministas Anna Freixas Farré (1998), Naomi Wolf (2002) y Lourdes Fernández-Ventura (2000) sostienen que dicho mandato patriarcal ya ha sido asimilado a lo largo de la historia gracias a la frecuencia con la cual los medios y la cultura tratan el tópico de la belleza, a menudo vista como desprendimiento unidireccional de la juventud. Al respecto de este fenómeno, baste pensar en el argumento de *Blanca Nieves*; su matriz argumental ha asentado la rivalidad sexual y estética entre las muchachas y las mujeres mayores. Así lo interpreta Sexton en 1971:

Elijas la vida que elijas
la virgen [la joven] es un número con encanto:
[...]
Ella no se ha manchado de tierra
está blanca como los huesos de los peces.
Érase una vez una encantadora virgen
a la que llamaban Blanca Nieves.
Pongamos que tuviera 13 años.
Su madrastra,
un bellezón por méritos propios,
aunque carcomida, eso sí, por la edad,
no soportaba escuchar que superaran su hermosura.
La belleza es una pasión sencilla
[...]
La madrastra tenía un espejo al que consultaba
(era algo así como el parte meteorológico),
un espejo que daba a conocer
quién era la más bella del reino.
[...]
De pronto un día el espejo respondió,
Reina mía, tu hermosura no pierde valor, es cierto,
pero Blanca Nieves es más hermosa que tú.
Hasta aquel instante Blanca Nieves
no había sido más
que una pelusilla bajo la cama.
Pero ahora la reina se vio manchas marrones en las manos
y cuatro pelos duros sobre el labio (2021 [1971]: s/p).

La juventud, vista en relación con la vejez de las mujeres, aparece culturalmente indisociable de la belleza. Por lo tanto, los esquemas simbólicos sitúan la “vejez femenina” como su antónimo.

Pese a la potencia con la cual la estigmatización hacia la vejez se ha legitimado, hoy por hoy, la actual expectativa de vida se prolonga y la asociación entre ancianidad y muerte parece comenzar a alterarse; su imaginario social resulta más complejo. Aparecen en escena ciertas escritoras que no solo visibilizan esta problemática, sino que además intentan instaurar una mirada que desplace dicho imaginario social; el objetivo es presentar nuevas formas de entender, experimentar y vivenciar la vejez.

Las nuevas voces que asumen posiciones distintas a las del siglo XX (y anteriores) comienzan a manifestarse particularmente en la producción literaria del nuevo milenio (aunque no de manera excluyente): se busca la transformación cultural a través de la narración de historias acerca de viejas proactivas, llenas de vitalidad, buscadoras y/o reivindicadoras de la actividad sexual en la ancianidad, mujeres tenaces que luchan asiduamente contra enfermedades, y ancianas cuya edad no frena sus proyectos: “¿De quién puedo extraer fuerza? ¿Quién era más duro, más fuerte que ella? [...] ‘Tempestad’ [...] Después de todo, Tempestad tenía tan solo setenta y tantos años” (Spark 1987 [1959]:117–118).

Encontramos también narrativas de ancianas que eligen otros caminos para disfrutar de sus últimos años: “Lisa Brooke falleció a los setenta y tres años [...] Apenas un año antes de su fallecimiento, y en vista de que se sentía un tanto enferma, decidió reformar su vida. Como aún era atractiva, ofrendó su celibato al Señor, a quien ninguna ofrenda parece inaceptable” (Spark 1987 [1959]:81).

O bien, fundamentalmente, hallamos mujeres que asumen su edad, quizás tras procesos identitarios angustiantes, pero al fin y al cabo transformadores:

Después del primer año decidió convertir el sufrimiento en acto de voluntad [...] Ese estado mental le infundió una definida y visible dignidad, al mismo tiempo que ella perdía su resistencia estoica al dolor. Se quejaba más, pedía con más frecuencia la chata, y no vacilaba, como cierta vez que la enfermera se retrasó, en mojar la cama, como hacían a menudo las otras abuelas (Spark 1987 [1959]:21).

Ejemplos de estas narrativas del siglo XXI son: *Elena sabe* (Claudia Piñeiro, 2007), *Llega la negra crecida* (Margaret Drabble, 2016),³ *Mosca blanca, mosca muerta* (Ana Ojeda, 2017), *Baño de*

³ “*The Dark Flood Rises*” en el original.

damas (Natalia Rozenblum, 2020) y *Las amigas* (Aurora Venturini, 2020). No obstante, el estudio de estos materiales contemporáneos excede este trabajo.

4. Consideraciones finales

Tras examinar una somera selección bibliográfica perteneciente a un trabajo de investigación en curso, hemos recorrido el estado de la cuestión sobre la representación literaria de la llamada “vejez femenina”, y el marco histórico y sociocultural de visibilidad y legibilidad de la ancianidad: ocultamiento, desplazamiento y/o estigmatización sistemáticos. No obstante, estos fenómenos, pese a reproducirse todavía, parecen comenzar a verse progresivamente afectados por nuevos referentes literarios que asumen nuevas modalidades de escritura; ciertas escritoras abren sus producciones a perspectivas cordiales y amigables para con la vejez. Especialmente en el siglo XXI, comienzan a establecerse espacios habilitadores para la representación positiva de la ancianidad. Estas escritoras intentarían entonces instaurar una mirada que desplace el imaginario social ya simplificado y estereotipado de la vejez. Con sus obras, incluso alientan a pensar desde la pluralidad: no más “la vejez”, sino, “las vejeces”. Pues, *sin* literatura sobre las vejeces femeninas, muchas “Mamás Cora” continuarán siendo desestimadas. En cambio, *con* literatura sobre las vejeces femeninas, múltiples “Nonas”⁴ serán visibles para la cultura.

5. Referencias bibliográficas

- Bermúdez-Arceo, Viviana. 2010. “Marta Lynch: la furiosa devoción”. *Especulo. Revista de estudios literarios online*. N° 46. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero46/malynch.html>> [Consulta: 16 de mayo de 2021].
- Butler, Robert. 1969. “Age-ism: Another form of bigotry”. *The Gerontologist*. Vol. 9, part. 1, 43-246.
- De Beauvoir, Simone. 2018 [1970]. *La vejez*. Buenos Aires: Grupo editorial Penguin Random House SA, Debolsillo. Trad.: Aurora Bernández.
- Díaz, Esther. 2019. *La filósofa punk*. Buenos Aires: Ariel.
- Fernández-Ventura, Lourdes. 2000. *La tiranía de la belleza. Las mujeres ante los modelos estéticos*. Barcelona: Plaza & Janés Editorial.

⁴ “Nonne” propiamente dicho.

- Freixas Farré, Anna. 1998. “‘La mires como la mires, no la verás’. El doble estándar del envejecimiento en la publicidad televisiva”. *Comunicación & Cultura*. N° 3, 29-40.
- Gorriti, Juana Manuela. 1942 [1874-92]. *Lo íntimo*. Buenos Aires: Ramón Espasa editor.
- Mancini, Adriana. 2011. “Escenas de la vejez”. *Zama*. Vol. 3, N° 3, 93-114. <<https://doi.org/10.34096/zama.a3.n3.5033>> [Consulta: 2 de julio de 2020].
- Mckenzie, Isabel. s.f. “Virginia Woolf on Beauty and Aging”. *Womanly Magazine online*. N° 3. <<https://www.womanlymag.com/words-from-the-wise/2018/11/6/virginia-woolf-on-beauty-and-aging>> [Consulta: 16 de mayo de 2021].
- Orphée, Elvira. 1981. “Aparten de mí a las bestias”. En *Las viejas fantasiosas*. Buenos Aires: Emecé.
- Salvarezza, Leopoldo (comp.). 2013. *La vejez. Una Mirada gerontológica actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Sexton, Anne. 2021 [1971] “Blanca Nieves y los Siete Enanos”. En *Transformations*. Trad.: Michelle Renyé. <<https://www.mujeopalabra.net/blog/?p=5639>> [Consulta: 1 de agosto de 2022].
- Sontag, Susan. 1979. “The double standard of aging”. En Williams, J. (ed.), *Psychology of women Quarterly*. San Diego: CA Academic Press, pp. 462-178.
- Spark, Muriel. 1987 [1959]. *Memento Mori*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor. Trad.: Aníbal Leal.
- Trautmann Banks, Joanne. 2000 [1999]. “The Aging Artist: The Sad but Instructive Case of Virginia Woolf”. En Munson Deats, S.; Tallent Lenker, L. (eds.) *Aging and Identity. A Humanities Perspective*. Connecticut: Praeger, pp. 113-124.
- Wolf, Naomi. 2002. *The Beauty Myth*. Nueva York: Harper Collins.